

**Moreno Hernández, Carlos (2010). *Retórica y traducción*. Madrid: Arco Libros, 263 pp.**

Reseña de José Luis Martínez Dueñas  
Universidad de Granada

Los principios de esa práctica textual tan compleja y necesaria que llamamos traducción son inequívocamente retóricos. Esto lo han señalado diversos autores y tiene como origen las escuelas de retórica en las que se ejercitaban los alumnos vertiendo al latín los textos griegos y este libro de Carlos Moreno Hernández explica esto, entre otras cosas, y refiere al lector a diversos aspectos de la grave y olvidada retórica, presente aunque no se quiera y fundamento de la escritura. No obstante, echo de menos en la bibliografía el estudio de Francisco Chico Rico “La teoría de la traducción en la teoría retórica”, de 2002.

Se trata obviamente de la obra de un filólogo, pues sería imposible acumular una visión del conocimiento como la que el libro contiene sin una perspectiva de la lengua y la escritura en su vertiente historiográfica de retórica y textualidad. La presente edición engloba un total de 14 capítulos y una introducción bastante explicativa y, como el mismo autor advierte, estos capítulos son en su mayoría modificaciones o actualizaciones de publicaciones previas. En concreto sólo cuatro aparecen en el libro por primera vez en su forma original. Los diversos ensayos abarcan asuntos de interés que engloban siempre de manera temática constante la relación entre el texto como objeto de traducción y los modos retóricos o las perspectivas retóricas que se representan y aplican en tal proceso y se sigue un criterio cronológico que facilita el entendimiento conjunto de la obra.

Lo verdaderamente definitivo de este libro es su probada insistencia y demostrada eficacia del reconocimiento e importancia de la retórica en los procesos de traducción. Sea por mera sistemática de redacción, o por las más básicas reglas de composición, o por seguir los diferentes modos de imitación o de emulación, de representación o de figuración, la presencia de la retórica y sus componentes constituyen el fundamento del texto, tanto en su origen como en su resultado y objeto: la traducción. El desconocimiento de lo anterior lleva indudablemente al fracaso.

Moreno Hernández tiene en cuenta, desde la perspectiva histórica, los principios de la oralidad como repetición, primero, y como adaptación a una normativa gramatical, para llegar luego a una escritura que se traslada según las épocas de una lengua a otra: desde la antigüedad clásica, al medioevo, hasta llegar a la modernidad del renacimiento y sus nuevos postulados críticos y textuales. Se explica cómo todo es sólo paso de una lengua a otra: *translatio*, o en romances hispanos *romançar*, es decir pasar de la lengua clásica al romance vulgar, hasta llegar a los humanistas bilingües: es Leonardo Bruni quien introduce el término *traducere* en su obra *De interpretatione Recta* (1424-1426), aunque ya Alonso de Cartagena (1384-1456) en una carta usa *traducere* y *traductio*. Recuerdo a los lectores que en anglo-sajón el

verbo usado para traducir era *wendan*, cambiar, verter. Otro rasgo que hay que destacar de este libro en su conjunto es el entendimiento crítico de las ideas de Ortega y Gasset sobre la traducción.

Así, la lectura de este conjunto de ensayos se ensambla de modo conceptual y temático aunque los asuntos sean variados. El capítulo I, “Retórica, traducción e historia literaria” se centra en los modelos, de traducción de la época clásica y de la edad media, cuando los textos latinos eran insuperables, hasta llegar a la modernidad cuando se piensa ya en la corrección de estilo. Autores como James Joyce, T. S. Eliot o Juan Goytisolo constituyen referencias para su análisis. Las ideas de Ortega son el centro del capítulo 2, “Gramática y retórica. “Miseria y esplendor de la traducción””, que es un estudio hermenéutico riguroso y novedoso. Lo primero, por tener un conocimiento sólido y detallado de las ideas orteguianas y lo segundo por aclarar los principios retóricos que fundamentan el ensayo de Ortega y la interpretación que hace de los juicios del filósofo sobre las traducciones del francés o del alemán y la base racionalista de sus juicios. A este respecto anotaré que este ensayo de Ortega es la única referencia en español que cita Steiner en su *After Babel*, de 1975. Los ensayos de traducción son fundamentales, de forma que el capítulo 3 es “La traducción como forma de imitación”, acerca de la famosa intervención de Schleirmacher en 1813 en la real Academia de Ciencias de Berlín; en este capítulo se analizan las categorías modificativas y los procedimientos compositivos tal y como aparecen en la tradición a partir de la intervención del alemán.

“Juglaría, clerecía y traducción”, el capítulo 4, y “*Amplificatio y dilatatio* en Berceo: el clérigo y la flor”, el capítulo 5, constituyen dos ejemplos señeros de ensayos en romanística llenos de referencias clásicas y de tradiciones y críticas dentro de las diversas versiones en latín y varias lenguas romances y sus métodos retóricos. El capítulo 6 abunda en el mismo territorio histórico: “Los traductores de Alfonso X” es un ensayo en el que se analiza el *modus interpretandi* y la elección del monarca del romance de “bien hablar” como lengua común. Se trata de un ensayo sobre la formación de lo que luego se dará en llamar castellano y que con los años se convertirá en el español. El capítulo 7, “*Expolio y ductus*: Don Juan Manuel, *El zorro y el cuervo*” es otro ensayo filológico cuya base es la adaptación retórica al intentar *romançar*. De especial interés resulta el análisis de la versión del infante, la latina de Fedro, la francesa de La Fontaine, la española de Samaniego y la traducción de Esopo al inglés por Jakobs. Los modos retóricos indican la necesidad de adaptar la narración y la exposición a un tipo de prosa determinada. No está nada mal la mención de Chaucer, contemporáneo del infante don Juan Manuel, y versado en artes retóricas.

El capítulo 8, “Humanismo y traducción”, se adentra en esa modernidad renacentista que considera el texto de forma diferente pasando de lo teocéntrico a lo antropocéntrico, por una parte, y el impulso de las lenguas vernáculas o vulgares por otra. Los modos retóricos se aplican con soltura y eficacia fuera del latín y la textualidad goza de un sentido diferente, no de mero instrumento, objeto, sino de

fin creativo en sí. La obra de Lorenzo Valla, la de Nebrija, o la de los jesuitas tras el concilio de Trento, representan ese sentido humanista fuerte con una renovación ciceroniana. El capítulo 9 se dedica a la traducción del Cortesano por Boscán, con prólogo de Garcilaso de la Vega, curiosamente la única que puede leerse en español en la actualidad. Para Hernández Moreno, el ejercicio que hace Juan Boscán de la obra de Baldesare Castiglione no es ya un *romançar* sino una auténtica traducción entre dos lenguas vivas y cultivadas. Original y curioso resulta el capítulo 10 “Novela y traducción: El *Quijote*”. Este ensayo parte de la tesis siguiente: hay posibilidad de ver elementos de la dialéctica entre multiculturalismo y nacionalismo a través de la composición de esta obra de Cervantes, y las distintas menciones de lenguas y de traducción, de pueblos y de costumbres. Así pues, estaría latente la presencia del *aljamiado* y de la *algarabía*, aún comunes en la población de España en esos años.

El capítulo 11 da un paso ya hacia la Ilustración “Ensayo y traducción: Feijoo y Sarmiento”, y detalla el pensamiento de estos dos intelectuales y sus reflexiones entre la lengua española y la francesa y las traducciones. El capítulo 12, “Texto teatral y traducción: de *King Lear* al *Vaudeville*”, sorprende la mezcla de tragedia y comedia, y en realidad se trata de un ensayo con dos partes, pero tanto los análisis de las traducciones de unos versos de *King Lear* en español y en italiano, como el comentario sobre las traducciones del *vaudeville* francés por Larra y otras referencias críticas, añaden una visión de erudición retórica original al menos. En el capítulo 13, “Poesía y traducción: Bécquer y Byron”, sí se encuentra un acrisolado análisis de los problemas de relación textual en torno a un supuesto original, a diversas versiones y a traducciones. El origen es un poema árabe del siglo X, su traducción al inglés en el XVIII por William Jones y en el XIX por Carlyle. Luego hay un poema de Byron y otro de Bécquer que revelan la fuerza de la imitación y de la emulación como principios poéticos frente a esa pretensión inocente, y a veces ignara, de originalidad. El último capítulo es a mi parecer un ensayo de sociolingüística y bastante acertado: “Bilingüismo y traducción: *El amante bilingüe* de Juan Marsé”. La famosa novela da pie para tratar cuestiones de interés actual, pero para no adentrarme en un asunto que requeriría más espacio por su complejidad social y de poderes públicos concluiré con las palabras del propio autor, rotunda estructura de implicación que aclara mucho: “El imperio, hoy, tiene su sede lejos de Castilla, y su lengua dominante es el inglés.” ¿Hay quién dé más?